



Premio Accesit

« MAE SIM Y LA MUJER DE PLATA »

Por Elena Alonso Frayle

MAE SIM Y LA MUJER DE PLATA

Creo que voy a escribir una historia sobre los niños del *klong*, pienso mientras observo cómo los últimos pasajeros se acomodan en la cubierta. El barco se separa de la orilla con un gemido ronco del motor, y siento la brisa alborotarme la melena al internarnos en las aguas terrosas del Chao Phraya. Una joven uniformada se acerca; lleva colgado del pecho una especie de tambor metálico, del que extrae, accionando una manivela, billetes muy pequeños que corta para los pasajeros. Me pregunta hacia dónde voy, o eso deduzco, pues yo no hablo tailandés. Me encojo de hombros y le digo en mi idioma que no lo sé. Que llegaré hasta donde encuentre lo que busco. Ella se ríe, y emite un sonido cristalino como de campanitas en la garganta. Yo sonrío también, porque sé que, a su modo, me ha entendido. Le tiendo un billete de cincuenta bahts y ella recorta para mí un pedazo de papel agujereado: mi título de transporte en esta travesía. Me lo entrega junto con un montón de calderilla, tendiendo las dos manos hacia mí, como si me presentara una ofrenda. Después se aleja y sigue repartiendo billetes entre los otros pasajeros, que contestan sin vacilaciones: ellos siempre saben hasta dónde quieren llegar.

Respiro hondo y percibo de inmediato el aroma que sube del río. Un olor vegetal, a ratos tan intenso que debo taparme la nariz o protegerme con un pañuelo perfumado; un olor a cañería, a desagüe podrido, a submundo. Pero es eso precisamente lo que me empeño en hacer mío cuando escribo una historia: los otros olores, los aromas de la desdicha, el aliento aplastante de la desesperanza. Son ya muchos los testimonios que he recopilado a mi paso por tantas ciudades, en mi peregrinar infatigable por países calurosos y tropicales, de los que regreso con la piel quemada y los tobillos hinchados

por las picaduras de mosquitos voraces. Por las noches, en la plácida seguridad de una habitación de hotel, extendiendo la crema balsámica sobre esa piel mía, tan blanca y delicada que parece de plata, y, la verdad, me siento orgullosa de mis quemaduras: son heridas de guerra. A veces me imagino como una de esas reporteras intrépidas y comprometidas que recorren el mundo en pantalones color caqui, con una cámara colgada del hombro, la frente sudorosa y el pelo anudado en una coleta desgreñada. Después de todo, eso hago yo: recorro el mundo y cambio de escenario con tanta frecuencia que a veces me cuesta recordar dónde estoy. Paso sin transición del verano navideño en el Río de la Plata a las nieves del Báltico, de los campos de lavanda en primavera a las lluvias monzónicas que castigan las costas al otro lado del planeta. Me hago un lío con las estaciones y con la ropa que llevo en el equipaje, y voy aprendiendo que el invierno y el verano son conceptos maleables, de límites imprecisos y significado cambiante. Y ello a veces me hace perder pie, porque trastoca ese universo coherente y ordenado que me inculcaron desde niña, un universo de verdades absolutas e inmutables, según las cuales el invierno se asocia con la Navidad, los regalos y la nieve, y el verano con las vacaciones, la playa y el calor. Basta con trascender los límites de esa geografía estancada en los márgenes del calendario para darse cuenta de que la temperatura del aire y el grado de humedad en el ambiente son, en definitiva, cuestiones de perspectiva. La única verdad inmutable es el implacable transcurso del tiempo, que tratamos inútilmente de acotar adjudicándole un lugar en el diccionario, algo así como si nos empeñáramos en poner nombre y apellidos al discurrir anónimo de la vida.

Yo también pongo nombres y apellidos a los personajes de mis historias. A veces se inspiran en sus nombres reales, en los que me confiesan en esos encuentros celebrados en una favela de chapa ondulada o en la jaima de un poblado en el desierto o

en la penumbra clandestina de un callejón desangelado. Otras veces los invento. Nombres que evocan música de terciopelo, como la de este río, Chao Phraya, que discurre a través de la ciudad sordamente, en silencio, igual que el pulso de la sangre en el cuerpo. En el horizonte, frente a mí, un cielo amarillo exhala sobre el agua su aliento de azufre. Grutas semioscuras jalonan las orillas en las que se adivinan las sombras de animales escurridizos; las pagodas de los templos reverberan a lo lejos como campanas encendidas. El silencio del río se descompone en un murmullo fangoso cuando el barco dobla un recodo y se interna en el *klong*, un canal tan estrecho que si alargó el brazo puedo tocar esos árboles tropicales de hojas fértiles, y rozar con la punta de los dedos el destino de sus habitantes. Veo hombres acucillados en las ensenadas, esperando algo, algo que no llega; un anciano yace enroscado sobre una tarima tambaleante en la que se levanta un buda de hojalata. Algunas familias se lavan en la orilla; las madres echan agua sobre las cabezas de sus hijos, como si los bautizaran a la vida. Entreveo un cortejo de monjes atravesando un callejón, las escudillas de arroz en la mano y sus atavíos color azafrán aleteando entre las piernas. A veces me llegan ráfagas de la música enlatada de aparatos portátiles, destellos de estrofas incomprensibles. El *klong* se estrecha y el barco transita muy despacio. Aquí no corre la brisa y el aire tórrido se espesa sobre mi piel; noto, ahora sí, la frente sudorosa, como la de aquella reportera intrépida, y siento que, al igual que ella, debo seguir mirando para contar al mundo lo que veo. Veo un viejo levantando el brazo a nuestro paso con gesto lánguido, hombres con sombreros cónicos rociando agua sobre el pescado, capturado hace ya demasiadas noches. Mujeres removiendo un guiso en el *wok*, con los labios apretados y la mirada perdida en la lejanía, en la otra orilla del *klong*, en la que más mujeres como ellas remueven sus guisos mirando hacia el otro lado, hacia la ribera oscura en la que se estrellan sus días, hacia los bordes en penumbra de la ausencia de esperanza.

Entonces aparece Mae Sim, sentada sobre una tarima de madera mohosa que se mece en el agua oscura. Mae Sim es la niña que buscaba para mi historia. Tiene la piel color canela y los pies descalzos; sostiene un bol del que picotea con los dedos granos de arroz frío, que se lleva a la boca rápidamente. Está tan cerca que puedo escuchar sus chasquidos al masticar y el latido pausado de su corazón bombeando sangre caliente y roja, roja como la tierra cenagosa en el fondo del río, roja como un sol de verano irrumpiendo inesperado en mitad del invierno. No se mueve cuando adelanto la mano hacia ella, los ojos perdidos en la otra orilla del canal, como si no comprendiera lo que ve, como si no comprendiera lo que hace. Mi mano continúa suspendida en el aire de celofán, blanca, vacilante, ajena; recortada sobre la penumbra viscosa del *klong*, resulta tan rara y disparatada, tan insólita e imposible como un copo de nieve posándose sobre las aguas turbias del Chao Phraya.

Hago un gesto en dirección al grumete que, sentado a popa, anuncia con un bramido gutural las paradas de la embarcación. Quiero bajarme y hablar con Mae Sim, la niña del *klong*. Él entiende mi ademán y acciona una palanca, el conductor recibe el aviso y la nave se aproxima al embarcadero. Sé que estas naves nunca se detienen del todo, que hay que salvar de un salto ciego e intrépido el vacío que se abre sobre las aguas. Lo hago. Salto sobre el abismo que me separa de la vida de Mae Sim y me acerco a ella, sin detenerme a pensar en qué idioma compondré mis frases, cuáles serán los signos que encerrarán las claves de lo que trato de comunicar. Y entonces caigo en la cuenta de que ni siquiera sé muy bien qué trato de comunicar, qué me ha traído en realidad hasta esta tierra remota y fecunda, hasta las aguas sucias y embravecidas de este río, de cauce intrincado y sinuoso, que discurre en pronunciados meandros. Qué me

ha traído hasta este último recodo del *klong*, sobre el que el aire flota con un temblor caliginoso, con la engañosa apariencia de los espejismos. Qué me ha traído hasta la pequeña Mae Sim, hasta su vida a un tiempo ajena y predecible. Cómo planeo rescatarla de ese futuro de pies descalzos y granos de arroz frío, que algún día se transformarán en sandalias de plataformas galácticas y pastillas de química de diseño tras la barra de un *night-club* en los barrios nocturnos del centro. Pienso en la reportera de greñas sudorosas y me pregunto cuál sería el encuadre que ella elegiría para retratar ahora a Mae Sim, acucillada frente a mí, con la mirada aún estancada en un punto secreto del aire a mi espalda, como si no me viera, como si no me reconociese. Me acerco a la pequeña y siento de inmediato los remolinos de mosquitos abalanzándose sobre la piel de mis tobillos, mis brazos, mis muñecas, mi piel de vainilla y nieve, blanca y argétea, casi translúcida, fatalmente expuesta a la inclemente mordedura del trópico. Me acomodo junto a Mae Sim, sobre la madera mellada del entarimado; por debajo, entre las rendijas de las tablas, se oye el débil chapoteo de peces o de roedores huidizos trepando por las pilastras de la plataforma. La niña por fin acusa mi presencia, me mira ofreciéndome su sonrisa devastada, toda encías yermas. «Mae Sim», pronuncio despacio, como si al invocar ese nombre que le he otorgado erigiera puentes que la comunicaran con mi mundo. Tiende su cuenco de arroz, musitando algo en el melodioso sonsonete de su idioma. La comida exhala un olor nuevo, a especias pugnaces, desconocidas, probablemente indigestas para un estómago poco entrenado como el mío. Inclino la cabeza en señal de agradecimiento y pinzo algunos granos entre mis dedos. Masticamos en silencio, mirándonos a los ojos, conscientes de que compartimos un ritual que tiene algo de litúrgico, de iniciático. Ella me hace una pregunta, y yo sé que quiere que le diga mi nombre, que ensanche el puente que ya ha comenzado a levantarse en el hueco deshabitado que nos separa. Se lo digo y, a continuación, abro mi mochila

de intrépida viajera y saco una fotografía. Ella deja su cuenco de comida en el suelo para sostenerla entre las manos, como si fuera un libro abierto al universo. La imagen muestra un paisaje invernal: páramos interminables cubiertos de una nieve esponjosa y virginal. Nieve de una blancura metálica, como plata brillando indolente bajo el pálido sol. Árboles de ramaje desnudo, propios de una geografía distante, de la que Mae Sim ni siquiera tiene noticia; árboles de tronco nudoso e intrincado, que tienden sus ramas descarnadas al vacío neblinoso del cielo. Mae Sim examina la imagen y después me mira interrogante. «El invierno», le digo, «la nieve». Ella asiente y sonrío, los ojos color café convertidos apenas en dos rayitas de extraordinaria viveza. No sé si me ha entendido. «El frío», resumo, y me abrazo, frotando con energía envolvente la piel nívea de mis antebrazos. Ella imita mi gesto sin comprender. Cómo explicarle lo que hay más allá del sol narcotizante y las lluvias opacas de ese trópico al que ha sido arrojada por el azar, más allá de la espesura ingobernable de la jungla y las aguas de textura oleosa en que transcurre su vida. Cómo hacerle traspasar esa frontera invisible que separa nuestros mundos en apariencia distantes y, en realidad, contiguos.

La proa de un barco se asoma entonces desde el fondo del canal, y comprendo con desaliento que viene a buscarme. No me queda más remedio que levantarme deprisa y correr hasta el extremo del embarcadero para que no se marche sin mí. Alcanzo el estribo con un salto ligero, me doy la vuelta y alzo un brazo a modo de despedida, y solo entonces me doy cuenta de que Mae Sim sigue sosteniendo mi fotografía entre sus manos menudas. Pero el barco hace sonar ya las notas más graves de su sirena, se separa de la orilla y abandona para siempre a Mae Sim, sin que yo haya podido traerla a mi mundo, hablarle de la climatología cambiante de la vida, explicarle el misterio de la nieve. Cuando llegue la noche, se acurrucará sobre su esterilla como un animal herido y

dormirá hasta que, al día siguiente, al amanecer, vuelva a inclinarse sobre un bol de arroz frío, mirando hacia la ribera sombría de las esperanzas, sin comprender lo que ve. Mae Sim, a pesar de la fotografía que ahora le acompaña, sigue ignorando lo que es el invierno, aún no ha visto nunca esa gran planicie helada bajo cuyos trazos se vislumbra la desconcertante amplitud de la existencia.

Dejo atrás sin remedio su vida anónima y regreso a mi mundo de verdades acuñadas a golpe de calendario. Busco mi pañuelo perfumado entre los enseres revueltos del escritorio, y con él enjugo ese sudor que me empapa la nuca y la frente, seguramente por efecto de la calefacción del edificio, que, en estas latitudes y a estas alturas del año, trabaja hasta el límite de su potencia. Es tan fácil contemplar el mundo desde el otro lado, arriesgando poco o nada, dejando a nuestro paso poco más que el rastro indescifrable de imágenes imposibles de comprender. Es tan fácil restañar las heridas aplicando un bálsamo que alivie el picor de las quemaduras solares, la hinchazón de las mordeduras de los insectos, un malestar pasajero, efímero, siempre demasiado breve como para horadar nuestra piel endurecida por la indiferencia y la costumbre. Es tan fácil escribir sobre lo que miramos sin ver, esmerándonos, antes que nada, en perfeccionar el linaje literario de nuestras crónicas. Es tan fácil componer historias que destilan perfumes exóticos o pestilentes cuando nos protege el aroma fragante de los pañuelos con que enjugamos nuestro sudor de plata. Es tan fácil... O tan difícil, no lo sé.



Primer Premio

« RENACIMIENTO »

Por José Antonio Garriga Vela

RENACIMIENTO

Hace un año perdí la memoria. Un golpe en la cabeza me sumergió en el olvido. Durante algún tiempo, yo no fui nadie. Me miraba en el espejo del hospital y trataba de adivinar la identidad del desconocido que tenía enfrente. Mi aspecto físico no había sufrido ningún cambio. No tenía ni la más mínima señal. El daño estaba oculto en el interior del cerebro y eclipsaba los recuerdos. Algo me identificaba con la figura que se reflejaba en el espejo, pero no sabía el qué. Como si los dos fuéramos víctimas de un enemigo invisible y ese estado de sumisión nos hiciera cómplices. Me dijeron que a medida que fuese disminuyendo el hematoma recuperaría la memoria, era sólo cuestión de tiempo. No recuerdo nada de las primeras semanas. Me cuentan detalles que me resultan ajenos, como si pertenecieran a otra persona. Quizás al hombre que me miraba desde el espejo. Hasta que, poco a poco, fui despejando incógnitas. Me sentía igual que el niño que empieza a poner nombre a las ciudades del mapa mudo. Virginia me dijo que al tercer día de estar en el hospital le pedí que me trajera el ordenador portátil para escribir el artículo de prensa que publico semanalmente. Está claro que los hábitos se repiten inconscientemente. No dejé de colaborar ni una sola vez. Leí los artículos al volver a casa. Me sorprendió descubrir que durante el tiempo que permanecí ingresado sólo escribí sobre aquellos lugares del mundo que alguna vez había visitado. Era lo único que recordaba, como si la memoria de los viajes no se instalara en el interior del cerebro sino en lo más profundo del corazón.

Cuando abandoné el hospital, el neurocirujano me aconsejó que guardara reposo durante un mes. Me prohibió conducir el coche y subir en avión hasta que desapareciera

el hematoma. No me quedaba otro remedio que aceptar las recomendaciones de la mejor manera posible. Ya que no podía volar en avión, hasta al cabo de un año aproximadamente, decidí pasar el mayor tiempo posible en las nubes. Salí del hospital como si lo hiciera de un aeropuerto y me dirigí a casa igual que si fuera al hotel. Abrí la puerta y me deslumbró el sol que iluminaba la terraza con vistas al mar. Me dio la sensación de que aquello no era un apartotel sino la vivienda de una persona excepcional que la cedía generosamente a quienes necesitaban recuperarse de algo. Lo que más me llamó la atención fueron los libros y diarios de viajes ocupando las estanterías que cubrían las paredes. No cabía duda de que el dueño de la casa conocía perfectamente mis gustos. Me sentaba en la terraza y disfrutaba de aquella vista que durante los últimos años había tenido delante. Cuando gozamos de buena salud tendemos a ignorar los auténticos placeres de la vida. Los pequeños detalles que nos hacen felices suelen pasar desapercibidos, como si no fuéramos conscientes de lo vulnerables que podemos llegar a ser. Me fijé en el horizonte con la certeza de que allí se encontraba el pasado. Entonces anduve para atrás en el tiempo hasta reunirme con Asís en la plaza de Xemáa el Fna de Marrakech, en el verano de 1980. Lo encontré sentado en cuclillas observando el barullo de los turistas. “Así no se conoce la ciudad - me dijo-. Lo importante es el interior”.

Me puse a ojear los diarios de viajes y aterricé en el aeropuerto de Bombay en noviembre de 1993. Dicen que quien supera la distancia que separa el aeropuerto de la ciudad puede continuar en la India. Muchos turistas se vuelven antes de finalizar el trayecto. La miseria y la grandeza de la India se condensan en cuarenta kilómetros. Me sumergí en el diario de viaje como si fuera una de esas novelas que nos atrapan desde la primera línea y nos convierten en los protagonistas de la historia. Eran las seis de la

mañana cuando salí de la estación de tren de Bombay con destino a Benarés. Después de casi día y medio de viaje llegué a la ciudad sagrada que se levanta en la orilla oeste del Ganjes. Me alojé en el Scindhia Guest House. Desde la ventana de la habitación se divisaba el Ganges. Justo delante estaba el ghat de las cremaciones. Unos hombres buscaban en la orilla, entre el cieno y las cenizas, las piezas de valor que el fuego no había destruido. Al amanecer, veía los delfines de agua dulce brincando sobre el río. Luego me volvía a quedar dormido hasta que el ruido de la calle me despertaba. La vida y la muerte se escenificaban delante de mi habitación. Los días que estuve en Benarés me invadió la extraña y serena convicción de encontrarme fuera del tiempo, habitando la eternidad del presente. Al cabo de tres semanas estaba integrado en la ciudad. Me llegaron a ofrecer un trabajo relacionado con el comercio del mármol. Me enamoré de la bella bailarina Geeti Sen que actuaba en el restaurante Blue Diamond, donde yo solía ir a cenar. Una íntima complicidad me unía con las personas que iba conociendo. Me hice amigo de Anil Dharkar, un conductor de ciclo rickshaw. La noche que lo conocí le dije que me llevara al Manikarnika Ghat. Nada más subir al rickshaw comenzó a hablar en inglés igual que los indios de las películas del lejano oeste. De pronto, dejó de pedalear y se detuvo bajo un farol. Me hizo bajar y yo le obedecí. Entonces abrió la caja de madera sobre la que yo iba sentado, una especie de baúl en el que no reparé hasta ese instante, extrajo una carpeta repleta de papeles y me mostró emocionado la foto de su mujer y sus tres hijos. Luego me invitó a subir y acomodarme de nuevo sobre el asiento de los recuerdos y me condujo en silencio hasta la puerta del hotel, junto al ghat Manikarnika. No sé por qué recuerdo esa curiosa anécdota entre todas las cosas que me ocurrieron a lo largo de los meses que permanecí en la India. Quizás aquel detalle me hizo recobrar el supremo valor de las cosas sencillas de la vida cotidiana. Sólo traje de recuerdo una bailarina de cobre que me regaló Geeti Sen y otra pequeña escultura de

pedra que cambié al dueño de una tienda de artesanía por mis gafas de sol. Tras dejar Benarés estuve un mes y medio viajando en ferrocarril por el Rajasthan. Fui también a Jaisalmer. La arena cubría las vías del tren en el desierto del Thar. Después pasé la última semana descansando en las playas de Goa. A partir de ese viaje, la India viene con frecuencia a visitarme. Lo hizo en el hospital. Su constante presencia me ayuda a despreciar lo superfluo y valorar lo esencial. Me enseña que la felicidad no necesita abalorios. Allí un libro es un tesoro. Lo mismo que la sonrisa de un niño y una gota de lluvia. Una boñiga de vaca tiene más utilidad que el más moderno de los televisores. La India me conmovió como no la he hecho ningún otro país. A menudo, evoco las palabras que el escritor cubano Severo Sarduy descubrió en un folleto rojizo con tipografía brumosa sobre una de las mesas del mismo café Ganga Fuji al que yo acudía a beber cerveza Guru: “Dejarás Benarés pero Benarés no te dejará, algo en ti, adentro, habrá cambiado para siempre”.

Cada vez que emprendo un nuevo viaje me propongo escribir el diario de a bordo, pero enseguida abandono la idea. El impacto de la naturaleza consigue eclipsar el pensamiento. Nunca llevo máquina de fotos, ni cámara de vídeo. Me impregno física y espiritualmente de todo aquello que me rodea y eso es lo que me llevo de recuerdo. No puedo demostrar que estuve en ningún sitio. Algunos momentos se desvanecen con el paso del tiempo mientras que otros perduran. Recuerdo un atardecer en Berlín, paseando junto al lago Lietzensee. El universo entero guardaba una perfecta armonía y yo me sentía un hombre afortunado por gozar del privilegio de participar de ese maravilloso instante. La felicidad me hizo olvidar aquel largo graffiti que descuartizaba la ciudad. Recuerdo la línea del cielo de Singapur. El sky line de Nueva York. El viento azotando en lo más alto del Empire. Las poderosas Torres Gemelas dominando Wall Street.

Recuerdo también la pequeña barca que me condujo desde Mersing a la isla de Tioman, en Malasia. Aquel lugar paradisíaco que visité hace casi treinta años. Las conversaciones por señas con los dueños del único bar de la isla cuando aún no se habían instalado los grandes complejos de lujo. Me he sentido pájaro en el Salto del Ángel y en la Garganta del Diablo. He sido un grano de arena en el desierto amarillo del Thar, en el desierto dorado del Sahara, en el desierto rojo del Sinaí. Me perdí del mundo con Virginia en la isla de Donoussa, en las Cicladas menores. Un viajero sensible repite en la mente sus peregrinaciones. Yo peregrino en la memoria, con la devoción de un creyente, a los templos egipcios. Los templos hindúes, los templos cristianos y las mezquitas. Peregrino a Estambul. ¿Cuántas veces he atravesado a pie el puente Gálata? Oigo sonar las bocinas, los gritos de los vendedores ambulantes, las sirenas de los barcos que navegan por el Bósforo, el aleteo de las palomas. El regalo de volar en globo por la Capadocia. Nunca olvidaré el día que crucé el Estrecho de Magallanes. El agua flagelaba la cubierta del trasbordador. Al llegar a la otra orilla, un cartel en medio de la nada recibía al viajero: “Bienvenido a Tierra del Fuego”. Me dirigí a Ushuaia, al fin del mundo. Hasta llegar allí había atravesado la Patagonia. Yo tampoco sabría explicar por qué esos eriales yermos se habían apoderado con tanta fuerza de mi mente. Me identifiqué con la inmensa soledad de la Patagonia como si esa vasta región fuera el desconocido que, en el hospital, se reflejaba al otro lado del espejo. Anduve sobre el glaciar Perito Moreno. El estruendo de los bloques de hielo al caer sobre el Lago Argentino. Me emocionó la delicadeza y majestuosidad de aquella ballena que tuve al alcance de la mano en Península Valdés. Cierro los ojos y noto un leve cosquilleo en los labios, reconozco las pestañas de Luhkerti, la niña que en una playa de la isla de Java escribió su nombre en la arena y luego parpadeó en mis mejillas para enseñarme a besar como las mariposas. Abro los ojos y me viene de nuevo la imagen del muro de Berlín,

las Torres Gemelas, la isla de Tioman; entonces tengo la sensación de que conocí otro mundo.

Estoy entrando en México por el cielo. El aeropuerto Benito Juárez, en medio de la ciudad, es lo más similar al centro de una diana donde se lanzan como dardos los aviones. Cuando me invitaron a la Feria del Libro de Guadalajara me llevé como guía de viaje dos de mis novelas favoritas: *Pedro Páramo* y *Bajo el volcán*. Me propuse aprovechar la invitación para quedarme más tiempo y conocer profundamente el país. Mi compañero de asiento en el avión fue un estudiante que regresaba a casa después de pasar un año becado en España. Me habló de la obsesión de los mexicanos con la muerte y la manera tan peculiar e irónica que tenían de enfrentarse a ella. No sé por qué la muerte siempre ha estado presente en mis viajes. Tal vez trato de huir de ella aunque sepa que por muchos kilómetros que realice nunca conseguiré esquivarla. Después de pasar cinco días en Guadalajara, recorrí más de tres mil kilómetros en autobuses viajando a solas con mis fantasmas. Cuando caminaba por los túneles de la ciudad sumergida de Guanajuato me encontré con mis padres que no habían muerto. Me dijeron que aprovechara el viaje, que no me hundiera en tristes pensamientos y que abriera bien los ojos para ver la vida en todo su esplendor. Me despedí con la certeza de que ellos serían mis ángeles custodios. Luego ascendí a la superficie. Vi el Teatro Juárez, el Callejón del Beso, la basílica de Nuestra Señora de Guanajuato. Vi la luz. Al día siguiente, me dirigí a Cuernavaca. Llegué de noche y me alojé en la Hostería del Sol. Fui a cenar al restaurante El Portal. Me atendió Álvaro Guzmán. Me sorprendió que me preguntase si venía de Guadalajara, como si lo leyese en mis ojos. Me dijo que él también colaboraba en una revista literaria que publicaban entre un grupo de amigos. Le pedí el mejor tequila. Me sirvió una copa de tequila Tradicional. Después otra y otra.

Me encontraba bajo el volcán. Brindé con Álvaro por Malcolm Lowry. Luego brindé a solas por las personas que amaba. Entonces descubrí que todas estaban a mi lado y que aquello no era un sueño. Desde que aterricé en el aeropuerto de la ciudad de México tuve la sensación de que ninguna de las personas que había querido estaba muerta. El recuerdo que yo guardaba de cada una de ellas era su forma de vida.

Los mexicanos me acogieron como a un familiar. Me invitaron a tequila y mezcal en las cantinas de Puebla, Oaxaca, San Bartolomé de las Casas, San Juan de Chamula. Viajé en un taxi colectivo hasta la laguna de Chacana, junto al Pacífico. Alquilé una cabaña entre el mar y la laguna, una pequeña isla de madera. Cenaba bajo un cielo cubierto de estrellas. Era el único extranjero en una de las playas más bellas del mundo. Paseaba por la orilla y me cruzaba con los fantasmas del recuerdo. Me apartaba para dejarlos pasar como se hace con los sonámbulos. Eran tan reales como las huellas efímeras que dejaban mis pisadas en la arena. Me sentía feliz. Una tarde que estaba mirando el mar, se sentó a mi lado un hombre de mediana edad que se llamaba Pedro y me dijo: “El océano Pacífico no tiene memoria”. Todavía hoy me estremezco al evocar esas palabras. El día que abandoné Chacana, Pedro me acompañó a través del camino que rodeaba la laguna. De repente, exclamó: “¡Me pasé! Íbamos platicando y se me fue el lugar”. Una mariposa de alas amarillas volaba a nuestro lado. Al fin llegamos al embarcadero. Unas niñas nos dijeron que la barca acababa de irse y que tardaría en volver. Pedro me miró sonriente y me preguntó: “¿Usted cree en los milagros?”. Le respondí que sí. “Usted me recuerda a una persona que yo admiro mucho. Una persona muy buena. Una maravillosa persona. La persona más importante de mi vida. Y usted es igualito a él”. En ese instante, la mariposa revoloteó sobre nuestras cabezas: “¿Ve esta

mariposa? Pues espero que Dios lo acompañe en su viaje como ella nos ha ido acompañando en el camino”.

Llegué a ciudad de México después de casi veinte horas de viaje en autobús desde Puerto Escondido. Ese día se celebraba la fiesta de la Virgen de Guadalupe. Visité la casa de Frida Kahlo. Me emocionó el cuadro que pintó pocos días antes de morir. Una rodaja de sandía sobre la cual había escrito: “Viva la vida”. También me impresionó la casa de Trotski. La cárcel dentro de la cual intentó en vano protegerse. Los lugares donde nos encerramos para sobrevivir. Las marcas de los balazos en el dormitorio. La mesa de despacho en la que fue asesinado. La precariedad en la que vivía. Estuve una semana callejeando y despidiéndome de los compañeros de viaje. Me sucedieron muchas más cosas que algún día contaré: el paseo por el amor y la muerte.

Abro al azar el diario de Venezuela y me encuentro con esta frase que escribí tras conocer el paraíso terrenal de Canaima: “Viajar es uno de los placeres más tristes”. Después navegué en barca por el río Carrao y luego por el río Churún hasta llegar al Salto del Ángel. Allí pasé una noche de insomnio y tormenta tumbado en un chinchorro frente a la catarata más alta del mundo. El salto de plata. Me sentía agotado pero por algún extraño motivo no pude conciliar el sueño. Mi teléfono móvil estaba sin cobertura y eso resultaba un alivio. Llevaba varias semanas sin saber nada de nadie. Sólo los recuerdos y los pensamientos me mantenían conectado a la vida de siempre. Apunté ideas en este cuaderno que no he vuelto a mirar hasta hoy. Fui dejando de tomar notas. Me instalé en el silencio del paisaje. El silencio de las cascadas y los rápidos del río Carrao. El silencio de la avioneta que sobrevolaba la selva y me trasladaba de nuevo a Ciudad Bolívar, la antigua Angostura, atravesada en silencio por el Orinoco. La tierra de

los buscadores de oro. Volando a través del cielo que se extendía sobre los árboles, los ríos y los tepuyes, oí dentro de mí las palabras del Poeta: “No digas nunca qué silencio; di: no se oye nada”. La mañana que partí del aeropuerto de Santa Bárbara con destino a Caracas, cuando me aproximé a la ventanilla para pagar la tasa del vuelo, cayó sobre mi cabeza un colibrí que había construido el nido en uno de los aparatos de refrigeración del aeropuerto. El pájaro que vuela hacia atrás como el pensamiento y que se mantenía quieto y tranquilo sobre la palma de mi mano. Lo acaricié. Nos miramos como si en ambos se hubiera producido una rara complicidad y supiéramos que aquel era un instante mágico que jamás volvería a repetirse. Un policía del aeropuerto se acercó y le ofrecí el pequeño pájaro con la ceremonia y cautela de quien entrega un tesoro fugaz.

Venezuela fue un sueño hasta que volví a Caracas y la pantalla del teléfono móvil se iluminó para conectarme con el mundo. Tenía un mensaje de Carmen: “Joaquín ha muerto hoy a las dos de la tarde”. Carmen me había enviado el mensaje el día 17. No reaccioné, simplemente me dejé llevar por los sentimientos. A las dos de la tarde de ese mismo día ascendí a contracorriente por el río Carrao hacia la silueta del Auyantepuy, desde cuya cima cae la impresionante catarata. A la vez que la violencia lujuriosa de la selva y la corriente del río invadían mis sentidos, la vida de Joaquín se apagaba en una habitación de Málaga. Yo entonces ignoraba que mientras la barca, construida con el tronco de un centenario laurel, luchaba contra la fuerza de la naturaleza tratando de remontar el río a través de las tinieblas, mi amigo buscaba un remanso de paz, un lugar tranquilo bajo los árboles, un recodo sereno para apartarse de la vida sin hacer ruido. Allí lo imaginé, callado, feliz y adormecido, quizá soñando. Me vino a la memoria un verso del poeta venezolano José Barroeta: “No pudieron arrancarnos las nubes del cuerpo”. Pensé que la vida era tremendamente injusta porque Joaquín nunca gozaría

aquel paraíso terrenal que yo acababa de conocer. Las imágenes del viaje eran demasiado hermosas para acompañarme en aquel momento. Fue como si robara a mi amigo la visión de las cosas futuras que sólo yo iba a disfrutar.

Como le sucede a Ismael, el personaje de Moby Dick, viajar ha sido desde siempre para mí la manera de disipar la melancolía y regular la circulación. Cuando la sangre comienza a fluir lenta y espesa por las venas y la imaginación comienza a coagularse sé que ha llegado el momento de emprender la marcha. Al hacer el equipaje tengo la sensación de mudarme a una casa más grande. Los viajes me han enseñado que no se necesita más de lo que cabe en una maleta para ser feliz. La literatura y los viajes son mis dos grandes pasiones. Viajo para escribir y escribo para viajar. La literatura se ha ido convirtiendo en realidad gracias a los viajes. He sentido el cielo inmenso, noble y generoso de África extenderse sobre mi cabeza mientras perseguía las huellas de un leopardo en las nieves del Kilimanjaro. Viajé cerca de dos meses por Grecia y cuando tenía planeado ir a Itaca surgió un problema que me obligó a regresar urgentemente a España. No tuve más remedio que aplazar mi cita con Kavafis. Desde entonces tengo siempre en la memoria Itaca. Desembarcar en la isla es mi meta, más no apresuraré el viaje. Llegaré viejo, con todo lo que haya ganado en el camino, sin esperar que Itaca me enriquezca. También he visitado el callejón de Midaq en El Cairo, ese Callejón de los Milagros aislado del bullicio. Un callejón que tiene una vida propia y personal. De eso se trata, de encontrar la vida que late dentro de nosotros mismos. Como dijo Asís, lo importante es el interior. Hay muchos sitios que pasan desapercibidos a los turistas, remansos de paz, confortables refugios en medio de la vorágine que aturde a los habitantes de las grandes ciudades. Cuando la inercia de la vida cotidiana me resulta insoportable, lo dejo todo y parto hacia esos lugares literarios; porque si bien es cierto



que ir es morir un poco, es morir a lo que uno ama, también lo es que vivifica. El viaje nos rescata del peligroso imán de la comodidad y la monotonía. Nos ayuda a renacer.

Hace un año perdí la memoria. Al cumplirse el primer aniversario vuelvo a subir en avión. Estoy en la pista de despegue del aeropuerto dispuesto a emprender el vuelo acompañado por mis ángeles custodios. No sé adónde voy. Miro al horizonte y veo acercarse el pasado. Las ciudades que he visitado por amor y las que me acogieron en sus brazos sin conocerme. Porque las ciudades tienen brazos, ojos y corazón. Me ofrecen su mano, una mano cálida que me transmite sosiego. Entonces, me dejo llevar. Como hacía con mis padres, cuando me llevaban entre los dos cogido de la mano y yo empezaba a descubrir el mundo.